

meros años; eclesiástico por razón de haber subido su tío carnal, hermano de su madre, Eugenio IV, al solio pontificio, padeció siempre, como de una enfermedad crónica, de ese afán desapoderado por las riquezas en forma de piedras preciosas. Doquier veía un potentado, rico en esta suerte de tesoros, ó le echaba mano si podía, quedándose con ellos, ó le instaba por medio de instancias repetidas para que se las cediese y regalase. Cuéntase que el cardenal Scarampo, dueño de infinitas joyas, murió de rabia al verlo en el trono y al presentir que había de poner mano en sus riquezas. Deseoso de que la codicia de su enemigo quedase burlada, instituyó herederos á sus sobrinos, mandándoles que se reunieran en Florencia, sitio á propósito para juntar sus doscientos mil florines de oro y sus innumerables ejemplares de pedrería. Pero el Papa envió sus gentes al camino, por donde los tesoros de Scarampo se expidieran, y los detuvo y los acaparó á guisa de bandido. Para cohonestar todas estas atrocidades y captarse la amistad del pueblo, siguió una política semejante á la política de los Césares. Como si el paganismo no pasara; como si la religión católica no hubiese venido; como si el romano se encontrara todavía al pié del lecho de sus Césares; Paulo II desplegó la antigua divisa de «pan y circo,» divirtiendo al pueblo con toda suerte de juegos, único medio de darle el triste olvido de la libertad perdida hasta en las leyes y del despotismo fundado por sus monarcas-pontífices. Cuántas veces, en carnaval, íbase á su palacio, vecino de la iglesia de San Marcos, y en el balcon mayor se arrellanaba como pudiera un César arrellanarse en la tribuna principal del anfiteatro, á ver las comparsas báquicas, en que las mujeres casi desnudas, con la cabeza ceñida de hiedra y las manos ocupadas por el címbalo y el tirso, entonaban voluptuosas canciones al vino y al amor; las carreras en que los jóvenes, vestidos unos de púrpura y otros imitando á los alcides griegos, se disputaban, al compás de la música y de los coros, consagrados á celebrar las divinidades antiguas, el premio y el lauro de las porfías y de las contiendas; los banquetes al aire libre, donde la plebe comía hasta reventar y bebía hasta emborracharse, mientras que él lanzaba monedas de oro con su propia mano, entreteniendo y gozándose en contemplar cómo se las disputaban y se las repartían aquellos infelices, aparejados por esta política de corrupción á eterna servidumbre. Todo en él conspiraba á favor de la tiranía; y todo en su

tiranía era podre y corrupción. Levantar el poder pontificio como un absolutismo supremo sobre todos los poderes, y mantenerlo por medio de la vileza universal, sabiendo que solamente los viles pueden resignarse á la esclavitud, hé ahí, en dos palabras, toda su política. Por la Natividad de 1468 decidió el Emperador Federico III, que á la sazón se hallaba en Ferrara, partirse para Roma. Temía esta visita Paulo II, porque los romanos pasaron toda la Edad media vacilando entre estos tres términos: su vasallaje del Emperador, su vasallaje del Papa, su gobierno republicano, á que tenían especial inclinación por los sublimes recuerdos á la continua evaporados de sus ruinas y de sus monumentos. Unas veces les parecía el Papa usurpador; otras veces les parecía usurpador el César; y se apoyaban en las discordias entre ambos, para resucitar sus instituciones y leyes predilectas. Así es que, en cuanto Federico se acercó á la Ciudad Eterna, propúsose el romano Pontífice circuirlo de tropas pontificias, y humillarlo en todas las ceremonias. Seiscientos caballeros acompañaban al Emperador; y en la puerta del Pópolo le aguardaba el cardenal Bessarion, que le dió aparatosa bienvenida y le condujo á San Pedro, donde el Papa le recibiera como huésped. Sin embargo, cuando hubieron de sentarse juntos, el Pontífice arregló el trono imperial de tal suerte que su cima llegaba al taburete donde él ponía los piés. No era rico el Emperador, como otros potentados á quienes distinguió Paulo II con extraordinarias distinciones; no era, por ejemplo, como Borso, tirano de la ciudad donde naciera Savonarola, que mereció toda suerte de consideraciones y el título de duque de Ferrara, por haber ido á Roma con ciento treinta y ocho mulos cargados de presentes, veinte de los cuales llevaban oro puro, pues gustábale tanto al Papa el esplendor, que como los mármoles y los bronce y la pedrería luzcan mas á la luz artificial que á la luz diurna, trasmutaba el día en noche y la noche en día. Así, en una de estas noches de placer, despues de haber departido con su arquitecto sobre la manera mejor de erigir un obelisco, asaltóle, estando dormido, una apoplejía y feneció, sin que nadie advirtiese su muerte hasta despues de mucho tiempo. Como no recibiese la eucaristía, contaban los murmuradores que entre sus innumerables anillos tenía uno de cuya piedra mágica ó egipcia salió un espíritu maligno, el cual torvamente le ahogara y le diera muerte. El cardenal de Pavía, sobrino de Pio II, achacó

este fin tristísimo del Pontífice á su repugnancia y oposicion tenaces á reunir el concilio ecuménico y procurar la reforma eclesiástica. ¡Oh! Si todos los príncipes de la Iglesia escudriñaran con escrupulosidad su conciencia, vieran la parte que les tocaba en la universal tiranía y en la corrupcion universal; vieran que, si la reforma no se realizaba, tenia parte principalísima en esta dañosa tardanza tanto el empeño de los Pontífices por gobernar la Iglesia con fuerte absolutismo como el empeño de los cardenales por gobernarla con una viciosa oligarquía, cuando la Iglesia necesitaba lo que exigia Savonarola, espíritu amplio de libertad, régimen verdadero de democracia, y dejar de ser una monarquía pontificia para convertirse, como bajo las bóvedas de las catacumbas, en una República cristiana.

Cada vez que se reunia un conclave, brotaban nuevas esperanzas; y cada vez que brotaban nuevas esperanzas, malográbanse, al poco tiempo, como esas flores madrugadoras del almendro, que apenas han brotado en marzo, cuando las matan los cierzos. Eligióse para sucesor de Paulo II á Sixto IV, creyéndole destinado á reformar la Iglesia, por la variedad de su ciencia y la energía de su temperamento. Oriundo de Liguria, nacido en suburbio de Savona, hijo de pobre marinero, monje mendicante, profesó las ciencias teológicas con verdadero entusiasmo, aprovechólas para lucirse en las disputas del escolasticismo espirante y no para difundir la verdad; porque bastaba verlo, al subir al trono en la edad de cincuenta y siete años, y contemplar un poco sus facciones pronunciadas y frias, aunque correctas y severísimas, para comprender los empujes de su voluntad dominadora de todos los obstáculos y la fria indiferencia proviniente del peor de los vicios, del imperdonable egoismo. Bajo malos auspicios ascendió á la Sede pontificia. Un Borgia lo coronó, y al tomar posesion de la tiara en Letran, le desacató y le amenazó un tumulto del pueblo. Estudiando los caracteres del absolutismo encuéntrase en ellos triste uniformidad; encuéntrase que el déspota, ya político ó ya religioso, cree las instituciones por él personificadas, una obra estatuida para su propio y personal provecho, y no para provecho y engrandecimiento de los pueblos. Cuando mas se necesitaba que la protesta espiritualista de los Pontífices contuviese las tendencias demasiado positivistas y las inclinaciones demasiado sensuales que en sus comienzos tenia la civilizacion moderna; estos

Papas, y especialmente Sixto IV, perdian poco á poco el carácter de sacerdotes y tomaban el carácter de reyes. Así, en Roma, no se oia hablar por entonces ni de dogma, ni de disciplina, ni de cánones, ni de competencias entre el poder espiritual y el poder temporal, sino de negocios financieros, de transacciones mercantiles, de empresas políticas, de artes y artistas, de juegos y jugadores, de nepotismo y de orgía. Junto á cada Papa alzábanse gran número de sobrinos, los cuales formaban como una estirpe de príncipes, y sujetaban á Roma bajo el férreo yugo de una desastrosa oligarquía. Y la personificacion de este nepotismo, la mas original y saliente es sin duda la de Pedro Riario, sobrino de Sixto IV, jóven de veinte años, acostumbrado solo á la cogulla, y que, por los caprichos de su tio, llegó bien pronto á obispo de Tréveris, á arzobispo de Sevilla y Florencia, á Patriarca de Constantinopla, subiendo sus rentas por tal extremo que se le contaban al año sesenta mil florines de oro. Lanzado de humilde casa al claustro por necesidad; del claustro á las sedes arzobispales por capricho; de las sedes arzobispales á la corte romana por fortuna; monje mendicante convertido en potentado fabuloso, creyó que debia aplicar sus innumerables riquezas al goce y al placer; y en el goce y en el placer las derritió como derritió su propia persona exhausta y consunta en el breve espacio de dos años. El célebre escritor Infessura nos cuenta en el libro titulado *Vita Sisti IV* una de las fiestas dadas por Riario. La hija bastarda del rey de Nápoles pasaba por Roma para ir á casarse con Hércules, duque de Ferrara; y Riario la convidó á que permaneciese algunos dias en la Ciudad Eterna y se quedase en su propio palacio. La plaza de los Santos Apóstoles, donde la lujosa vivienda radicaba, tenia el aspecto deslumbrador de un teatro, por las tiendas formadas de brocados riquísimos y esparcidas en bello y artístico desorden. Artificiosos ventiladores daban fresco tal en lo interior del palacio que pudieran creerse sus habitantes en perpetua primavera; pebeteros varios esparcian aromas tan suaves que se dirian exhalados por invisibles florestas; la legion de artistas, que poblaba entonces la corte de los Papas, y que movida por las saludables competencias de la emulacion y premiada por favores sin número, producía maravillosas creaciones, concertóse para adornar aquellas salas de tal suerte que pareciesen sueños de leyendas asiáticas y no verdaderas realidades. Los mas ricos tapices que hasta entonces se habian

visto, allegados por el gusto artístico de Nicolás V y tejidos con hilos de oro y lustrosa sedería, adornaban las cinco puertas del gran salon destinado á los saraos y á los banquetes. Todas las estancias se hallaban tapizadas de púrpura; toda la púrpura ceñida de flecos y bordados de oro; y sobre este fondo se destacaban vasos venecianos, únicos en su género, y que valian una fortuna y que brillaban como la mas valiosa pedrería. Los cojines de terciopelo se elevaban sobre trípodes de oro y plata. Y cuando la jóven princesa llegó á tenderse en su lecho, cubierto de cortinajes, que parecian pedazos del cielo, sobre los mullidos colchones, bajo los ligeros encajes, percibiendo esencias delicadas y escuchando suave música, descendida de las techumbres, pudo creerse, como dijera con soberano ingenio, entre tanto esplendor, una verdadera Cleopatra. En efecto, legiones de damas, enardecidas de placer, como aquellas que acompañaban á la reina de Egipto, y ataviadas con lujo verdaderamente oriental, dejaron á la jóven novia en su lecho, y salieron, haciéndose lenguas de tantas maravillas como habian visto, pues los vasos mismos destinados á los mas viles oficios, eran de oro, y cuando menos, de plata. El domingo de Pentecóstes fué un dia de verdadero regocijo. Primeramente el Papa dijo en San Pedro una misa teatral, en que brillaron todas las joyas, todas las telas, todas las obras artísticas, todas las reliquias cinceladas del maravilloso tesoro vaticano. Despues de esta misa, representóse una comedia, encargada al consumado arte de los actores florentinos y que tenia por único argumento el peligrosísimo y voluptuoso de las asechanzas puestas en juego por los viejos bíblicos para rendir la castidad de Susana. Coronáronse todos estos espectáculos con aparatosa comida, cuyos incidentes le dieron aspecto de orgía, y cuyo coste escandalizó al mundo entero, por una exageracion rayana en la inverosimilitud. Vistiéronse de seda los servidores, y mudáronse de trajes, segun la calidad del servicio, llegando el criado mayor á desnudarse cuatro ó cinco veces. Antes de sentarse á la mesa, abrieron el apetito con naranjas henchidas de miel y malvasía, y lavaron las manos en jofainas de oro cuajadas de piedras y llenas de olorosísimas esencias. Los ciervos, los gamos, los corderos, los bueyes, venian, aunque asados, cubiertos de sus pieles, con tal arte y verdad que los tomariais por vivos. Para llevar la inventiva, donde no la llevaran los mismos romanos de la decadencia, salió un oso con áureo

baston en los dientes, y colgadas de sus cerdas golosinerías sin cuento. De una montaña artificial salió un hombre con aires y gestos de salvaje, admirando todo cuanto le rodeaba como pudiera admirar á Adan recién creado el Paraíso terrenal y diciendo á damas y galanes versos varios henchidos de dulce y voluptuosa poesía. Las cubiertas de los platos, vaciados en metales carísimos, lucian figuras por los mayores joyeros esculpidas, y en el fondo veíanse, cual si fueran cuadros, las fábulas mas populares de la antigüedad clásica, los metamorfoseos mas bellos del inmortal Ovidio, hecho todó con tanta verdad en la inspiracion y tanta exactitud en el dibujo, que dioses y genios, á guisa de Narcisos, enamoráranse de sí mismos, al verse copiados y reproducidos con tan singular esplendidez. Para mayor asombro, en los ángulos de las ventanas y balcones alzábanse castillos de confites, que los criados echaban al pueblo romano, y venian por los aires pájaros cargados de chucherías, de las cuales se despojaban, lanzándolas sobre las muchedumbres, y naves con sedoso velámen henchidas tambien de sabrosos y numerosísimos manjares. Mientras tanto de las bóvedas llovian aromas y esencias; de las paredes se exhalaban armonías deliciosas; aquí las danzas compuestas por las jóvenes mas hermosas; allí los juegos compitiendo con los píticos y olímpicos; allá las representaciones dramáticas del naciente teatro; acullá los cuadros vivos, en que reaparecian las divinidades helénicas cual si jamás se hubiera desvanecido el Olimpo; y por do quier innumerables bufonadas, en que los pobres bufones decian sus dicharachos sonando los cascabeles y haciendo toda suerte de gestos y de muecas para divertir con su vileza á los señores del mundo tan gangrenados y tan podridos como los últimos representantes de la romana decadencia. Leemos los autores del tiempo, los testigos de mayor excepcion admitidos por la crítica, depurados en la historia, y á duras penas damos crédito á nuestros mismos ojos. Corio, historiador de todos estos sucesos, emplea mas de dos páginas con la lista de los manjares servidos en las babilónicas mesas. Se necesita subir con el pensamiento á los tiempos de Neron ó de Heliogábalo; fingirse aquella universal voluptuosidad; encenagarse en aquel panerotismo que amaba viciosamente todas las cosas, para ver un César vestido como este cardenal, echado en el lecho de púrpura, circuido de clientes y de parásitos, halagado por el coro de voces armoniosas